

habian reemplazado ya á la claridad del dia, cuyo brillo no debia volver á ver el despiadado Enrique Tudor. La enfermedad que de largo tiempo aquejaba al monarca inglés se agravaba rápidamente, y todo hacia presentir que aquella misma noche su espíritu desprendiéndose de la materia, volaria á la presencia del Creador, para dar estrecha cuenta de todos los actos cometidos en su tránsito por este mundo.

Los dolores más crueles torturaban aquel cuerpo que la vida abandonaba por momentos; pero á veces parecia que cesaban para dar lugar á la oracion y al remordimiento.

¿Habíase desvanecido el orgullo del hombre?

¿Había penetrado por fin, la misericordia en el corazon del rey?

¿Estaba este en paz con el mundo?

¡No! Otro acto de venganza iba á consumarse.

Hacia ya cosa de un año que con motivo del mal estado de salud de Enrique, un delegado firmaba los decretos de muerte; pero en sus últimos instantes se trataba de la muerte del duque de Norfolk, y el moribundo manifestó su determinacion y su gusto firmando de su propio puño el documento fatal.

\*  
\* \*

Con razon dice el dean Kook, que no puede imaginarse nada más terrible que esta escena.

A las diez, cuando el sudor helado de la muerte bañaba su rostro, en medio de la mayor postracion, el monarca se esforzaba, trataba de re-concentrar sus escasísimas fuerzas para firmar el terrible decreto.

Esta accion dejaba fuera de duda el dominio de una alma desprovista de toda compasion y evidenciaba la impenitencia del tirano hasta su fin. Ya en los mismos brazos de la muerte, hubiera querido destruir todo lo que tuviera vida; en los umbrales mismos del sepulcro hubiera querido volver de la presencia de su Dios para hacer un nuevo sacrificio á Satanás. Aun cuando estaba sediento de la sangre de un súbdito ilustre, al cual habia dejado casi sin sucesion, no hubiera sido la muerte de ese súbdito el último de los crímenes de tan implacable príncipe.

Trascurrieron algunas horas (eran las dos de la mañana), y las sombras de la muerte se esparcian de un modo tétrico y solemne por la cámara real. La última lucha fué breve. En un solo latido del pulso, el alma del tanto tiempo temido Enrique VIII, voló á la presencia del Tribunal Omnipotente, donde tantos de sus inicuos juicios debian volverse contra él.

El lecho mortuario ha sido descrito como el altar del perdón, donde la caridad y las lágrimas se mez-

clan, y con melancólico y suave rumor bate sus alas el ángel de la oracion.

Pero el lecho mortuario de Enrique Tudor careció por completo de todos estos atributos, y las últimas palabras de aquel rey soberbio recogidas por Anthony Browne, fueron: "¡Todo está ya perdido!" Terrible manifestacion de un tremendo conocimiento del pago que debia esperar por una vida tan llena de egoismo y de impiedades, desprovista de todo remordimiento!

\*  
\* \*

Unos cuarenta minutos despues de la muerte del rey, ántes que los criados pudieran reponerse de la horrible escena que acababan de presenciarse, Lord Hertford y Sir William Paget, tuvieron una conversacion en la parte de fuera del aposento en donde yacia el cadáver del monarca, caliente aún y con el semblante tan espantosamente contraído, que la vista de él hizo caer desmayado al suelo á Sir Anthony Browne. Sin embargo, Hertford y Paget no eran tan impresionables.

Aquella conversacion fué el primer paso para un perjuicio deliberado respecto del último testamento del difunto rey.

Paget vacilaba, y avalanzándose hácia la puerta de la cámara mortuoria, que estaba entreabierta, estuvo contemplando por algunos instantes y en extremo pensativo, lo que quedaba de su real señor, diciendo al fin

á Hertford que sus indicaciones eran inoportunas, pero la súbita aparicion del arzobispo Granmer en la escena, reanimó á Paget.

\*  
\* \*

En aquel momento, que eran las tres de la mañana se dejaban oír los rugidos de una horrorosa tempestad.

Los tres personajes cambiaron una mirada y se comprendieron.

Todavía se temían entre sí; pero ya el primer paso estaba dado.

Habian resuelto violar el testamento del rey y mantener su muerte en secreto por espacio de tres dias, hasta que los conspiradores hubiesen arreglado sus planes.

Mr. Froude hace notar que lord Hertford no se atrevió á hacer pública la última conversacion que tuvo con el monarca el dia anterior al de su muerte. Esta manifestacion no acusa gran perspicacia é indica el candor de quien la hace al tratar de los actos de Hertford.

Quedan todavía varios puntos que aclarar.

¿Permitieron lord Hertford y el arzobispo Granmer que el heredero del trono, Eduardo VI, en alguna época de su penosa tutela supiera aunque fuera algo del testamento de su padre?

Y si no lo hicieron, ¿qué explicacion le dieron respecto de la órden expresa de educarle en la antigua religion catòlica de Inglaterra?

¿Se apoyarian respecto del hijo en el mandato del padre, para la celebracion de misas para el descanso del alma del segundo, y el debido mantenimiento de la antigua religion?

¿Aprueban los apologistas protestantes del arzobispo Granmer, la sin igual decepcion que respecto de este asunto sufrieron él y sus cofrades en el Concejo?

¿Aprueban el peor de todos los perjuros, la violacion de los juramentos hechos al pié del lecho de un moribundo?

\*  
\* \*

Es digno de notarse que Enrique VIII hizo durante su vida nada menos que ochenta y seis testamentos. "El rey, escribe uno de sus más adictos cortesanos, Anthony Browne, tenia un gran horror á la muerte; y cuando tenia algun presentimiento triste, generalmente lo primero que hacia ó lo primero que se le ocurría, era alterar su testamento y legar más dinero para su alma despues de su muerte."

Y ahora nos viene à la memoria un curioso incidente ignorado probablemente por la mayoría de nuestros lectores.

Al ser conducidos los reales despojos á Windsor para ser sepultados, permanecieron toda la noche en los dismantelados muros del convento de Sion.

El sarcófago de plomo, muy maltratado por las sacudidas del carruaje, que tuvo que andar por un camino infernal y con un tiempo detestable fué depositado sobre unos bancos ó caballetes, cuando al cabo de algunos momentos los acompañantes notaron que el piso de la capilla estaba completamente manchado por un chorro de sangre que salía del ataúd. Por la mañana llegaron unos plomeros para soldarlo, pues se habia reventado, y estando en esta

operacion advirtieron que dos perros estaban lamiendo la sangre del rey.

La persona que hizo la relacion de esto, y que era uno de los principales individuos de la servidumbre de palacio, decia á propósito de tal suceso: "Si me preguntais como yo sé eso, os diré, que William Greville, quien apenas pudo espantar los perros, me lo contó, y que los plomeros que estaban muy llenos de miedo, lo atestiguan.

Aquel convento dismantelado habia sido la prision de la reina Catalina (Howard) cuya ejecucion tuvo lugar cinco años ántes del fallecimiento de su cruel esposo. El lector recordará la actitud del padre Peto, cuando en la capilla real de Greenwich en 1533, dijo en presencia del soberbio soberano y de la entonces idolatrada Ana Bolena, que Enrique VIII era comparable á Acab y que así como los perros lamieron la sangre de éste, así lamarian la suya. Algunos escritores protestantes ponen en duda lo que acabamos de decir, no obstante ser un hecho consignado por la historia. Sin embargo, sea coincidencia, sea la realizacion de una profecía, el hecho del convento de Sion queda en pié y cada cual puede comentarlo como mejor le parezca.

El padre Dixon dice que el gobierno de Somerset puede considerarse como el de un déspota usurpador, y su época una de las más desastrosas de la historia de Inglaterra. No obstante, algun tiempo despues, el desenfreno de los fanáticos reformadores la hizo considerar comparativamente como una época de dulzura y de respeto á las leyes.

# COLECCION

DE

## Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

TOM. 4.

Guadalajara, Abril 22 de 1884.

NUM. 32.

### SECCION I.

#### Disposiciones generales de la Iglesia.

#### GARTA ENCICLICA

de N. S. Padre al Episcopado Frances.

#### LEON PAPA XIII.

Venerables hermanos, salud y bendicion apostólica.

La nobilísima nacion francesa, por los grandes y preclaros hechos que ha llevado á cabo en la paz y en la guerra, ha alcanzado de la Iglesia Católica singular alabanza por sus méritos, cuyo valor no perecerá y cuya gloria no se acabará. Abrazando la doctrina cristiana á ejemplo del rey Clodoveo, consiguió el honrosísimo título, testimonio á la vez de su piedad y de su fé, de que se le llama *la hija primogénita de la Iglesia*. Desde aquel tiempo, venerables hermanos, muy frecuentemente vuestros antepasados han sido considerados en las grandes y saludables em-

presas, como los auxiliares de la Divina Providencia. Pero su especial virtud ha sido la de defender por toda la tierra el nombre católico, propagando la fé cristiana entre las naciones bárbaras, y libertando y protegiendo los santos lugares de Palestina, hasta el punto de hacer con justicia proverbial esta palabra de los tiempos antiguos: *Gesta Dei per Francos*. Por esto les ha tocado, gracias á su fiel abnegacion por la Iglesia Católica, el entrar como á la participacion de sus glorias y fundar obras públicas y privadas en que se manifiesta un espíritu admirable de religion, de beneficencia, de magnanimidad.

Los Pontífices romanos nuestros predecesores se complacieron en alabar las virtudes de vuestros padres, y como recompensa á sus méritos en exaltar el nombre francés por sus frecuentes elogios.

Muy honorables son para vuestra nacion los testimonios de Inocencio III y de Gregorio IX, esas lumbres brillantes de la Iglesia: el prime-